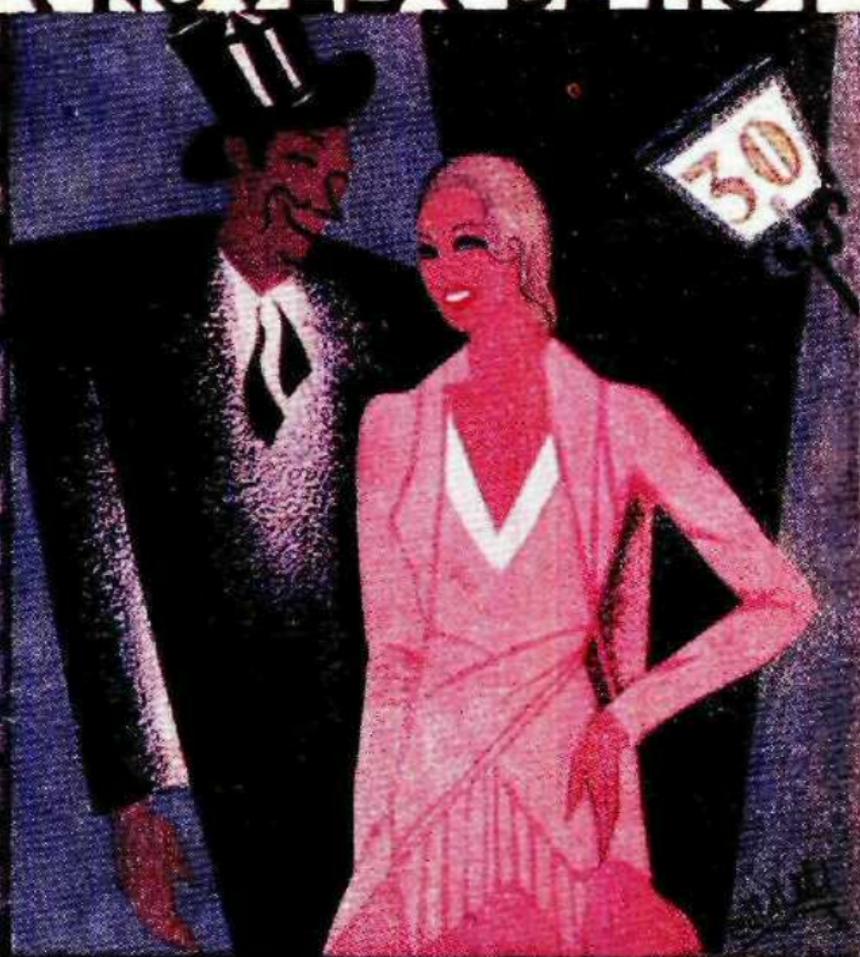


LA NOVELA DE HOY

PERDONANOS



NUESTRAS DEUDAS

CARMEN DE BURGOS
"colombine"

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**



LA MÁS INTERESANTE NOVELA DEL
GRAN ESCRITOR

ALBERTO INSÚA

ES

El amor en dos tiempos

5 PESETAS

C. I. A. P.—Librería Fernando Fe, Puerta
del Sol, 15.—MADRID

81001000
1000P.

LA NOVELA DE HOY

Año X DIRECTOR: PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ Núm. 467

Madrid, 11 de septiembre de 1931

R-7401-A

Perdónanos nuestras deudas

por

Carmen de Burgos (Colombine)

Ilustraciones de CATALUÑA



EDITORIAL ATLANTIDA

LIBRERÍA FERNANDO FE. — Puerta del Sol, 15. — Madrid

C. I. A. P.—Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Apartado 38

**EN EL PRÓXIMO NÚMERO
PUBLICAREMOS**

LA PERMANENTE

por

JOAQUÍN BELDA



**ILUSTRACIONES DE
RAMIREZ MONTESINOS**

Retrato del autor

He escrito alguna vez, hablando de Carmen de Burgos, que, "segura de que es un escritor, no se avergüenza de ser una escritora".

Quizá, extendiendo el concepto desde el terreno literario al vital, suscribiría aún con más rotundidad la frase. Para ser un escritor de cuerpo entero, Carmen de Burgos no ha querido olvidarse de que es mujer.

Y conviene insistir y ahincar en el concepto, porque con él se explica esta cordialidad recia, jugosa, fuerte y erudita que hace de Carmen de Burgos la primera en jerarquía entre las escritoras españolas.

Así, en la vida, su afabilidad está hecha de convicción. Su temperamento no estorba, antes fortalece, la condición destacada de su profesionalidad.

Como toda mujer vistosa y como todo escritor de renombre—y en una doble facilidad de peligros—, Carmen de Burgos ha conocido el halago de todas las tentaciones, el engaño de todos los homenajes, la falacia de todos los espejismos.

De todo ello ha compuesto la admirable fortaleza de su comprensión.

Militante avanzada y generosa en pro de una absoluta y total y libérrima reivindicación feminista, no ha tenido nunca el mal gusto de la masculinidad ni las tibiezas de la súplica. También para esto le ha servido esa virtud suya, generosa e intelectual, de la comprensión, amasada

con todas las experiencias vitales, y que es en ella como un signo preclaro de cabal definición.

Comprendiva—ni ambiciosa ni intrigante, por tanto, ni rencorosa ni agresiva—, Carmen de Burgos sabe tener para todo un motivo y halla para todo una razón. ¡Alta sabiduría que sólo a las grandes almas está reservada!

Su vida, laboriosa y activa, ejemplo de tenacidad y dominio, ha templado su fuerza, pero no la ha abatido. Hoy, en la madurez dorada de su talento, puede pasear—de vuelta—con aire de tolerancia, risueña y satisfecha, por encima del bien y del mal, por esas alamedas que ella recorrió solitaria y que ahora creen haber descubierto las animosas peripatéticas que apenas empiezan a ir a las audacias de donde ella regresa.

Proyectada sobre su vida y sobre su noble prestancia patricia esta aureola de predestinación, rodea como de un nimbo reverencial su figura. Se diría que, en torno a ella, se densifica el aire. Y la lentitud, un poco triste, de su paso, la palidez de su melancolía, el noble empaque de su sencillez hallan como cifra y consagración en la purísima sutileza de su sonrisa, a la que pudiera aplicarse la bella alusión de Valle Inclán y decir que es "triste de ciencia antigua".

Esta sonrisa, que es, frente a la vida, la razón que Carmen de Burgos expone como definición, anima su rostro, bajo el chispear de unos ojos en los que la inteligencia pone una luz vivaz.

Es buena, es inteligente y tiene una sensibilidad tan exquisita, que a menudo le duele el corazón. Pero...
sonríe.

RAFAEL MARQUINA

La llegada de Marta había trastornado todo el orden de la casa. Era como si se hubiera abierto una ventana nueva.

Su abuelo, el ilustre pintor Laurent, habitaba, sobreviviéndose, aquel hotelito de Nancy, donde sólo llegaban escasos amigos, porque el mal humor del artista alejaba a todos los que no le tenían bastante afecto y no le conocían íntimamente, para saber cuánta dulzura se escondía debajo de la capa de acritud y aspereza.

Había amargado su humor el casamiento de su única hija, a la que adoraba, con un argelino que la llevó a su país, cortando casi toda relación con ellos, como venganza de que se hubieran opuesto al casamiento.

A pesar de las protestas de dicha que hacía Marcela en sus escasas cartas, él sospechaba que no era feliz. Recibió con feroz entereza la noticia de que el nacimiento de la primera nieta le había costado la vida a Marcela. No podría decirse si se dominaba, con su fuerza de voluntad, para no derramar una sola lágrima, o si era que ya las había vertido todas cuando la hija amada salió de la casa paterna. En aquel momento había sido, en realidad para él, cuando salió el cadáver.

Su esposa era como un reflejo suyo. Ocultaba las lá-

grimas por no apenarlo, no hablaba para no causarle molestias y andaba en zapatillas temiendo hacer ruido. Se disimulaba, se esfumaba; daba la sensación de ser una especie de sombra. Era tan menuda y delgadita, que apenas se reparaba en ella. Parecía más bien un ser providencial que real, porque atendía a todo. Gracias a ella no le faltaba nada a su marido y tenía toda la tranquilidad necesaria para pintar sus famosos paisajes.

Eran todos paisajes de Auvernia, casi siempre los mismos; pero con tonos y matices tan diferentes que no se parecían unos a otros.

—Es la luz lo que les hace variar—decía—. En cada hora hay un matiz nuevo. Además depende de nuestro estado de ánimo el tono de color que los anima. Con la alegría les damos intensidad y con la tristeza les hacemos palidecer.

A pesar de la gran fortuna adquirida con sus cuadros, el matrimonio vivía con la misma modestia y apartamiento.

—¿Para qué tener más de lo que siempre hemos necesitado?—decía Laurent.

Y la esposa accedía gustosa. Ella no necesitaba nada. Se había acostumbrado a su vida, siempre igual; sin más ideales que el de cuidar a su marido, el cual era para ella una especie de divinidad.

Su única alegría se cifraba ir el verano al hotelito que poseían cerca del viejo Royat, donde Laurent recogía su cosecha de paisajes.

Allí tomaban una criada auvernesa para que ayudase a la cocinera, María Luisa, la cual estaba ya treinta años a su servicio. Era una especie de gigante, alta como un granadero, que llevaba con desembarazo sus ciento veinte kilos y los dos grandes y espesos bigotes de sus cejas.

Laurent, que no pintaba nunca figura, se entretenía a veces en hacer caprichos goyescos, poniendo cara de

bruja a su cocinera. En esas ocasiones solía decir a los amigos que iban a visitarlo:

—No debía dejar entrar a nadie en el taller, porque tengo en este momento un hermoso modelo.

Y se encontraban con la cocinera, pacientemente colocada, con sus líneas de cerdo sentado y dormitando sobre el pliegue de su papada.

Pero estaban obligados a admirar la modelo cuando a la noche les presentaba los clásicos platos de la Auvernia: el "Coc-au-ven" y las patatas fritas con ajo.

Nunca hablaba Laurent ni de la hija muerta ni de la nieta que no conocía; pero de vez en vez se le escapaba un suspiro profundo y sacudía la cabeza, como para oxear algo que le molestaba. En esos momentos su esposa lo miraba enternecida y, ocultando sus lágrimas, le hablaba de cualquier asunto trivial.

Ella sabía lo que pasaba en aquella alma. Por su parte no olvidaba jamás ni a la hija ni a la nieta, que amaba con el mismo cariño que profesó a Marcela.

Se cumplió su más ardiente deseo cuando, muerta la abuela paterna, y casado en segundas nupcias el padre, le anunciaron que le enviaban a Marta.

Era como una especie de restitución de su hija. Se volvió a abrir el cuarto de Marcela, a preparar su cama y a colocar toallas en su tocador.

—Parece que Marcela va a venir—se decía la madre.

—¿No te da la impresión de que Marta debía ser una niña chiquita y en pañales?—se atrevió a preguntar un día.

Laurent miró con lástima a la mujercita que no sentía el paso del tiempo.

—¡Pobre Matilde! Nos envían una mujer de veinte años. La edad que tenía la otra cuando nos la quitaron.

Y el recuerdo de cuarenta y dos años de unión y de compañerismo trajo la evocación de los días de pasión y de caricias, y unió a los dos ancianos en un tierno abrazo.



Aunque Marta se había apoderado del corazón del abuelo no logró vencer su severidad. Matilde, con su condescendencia de abuela, solía decirle a su marido:

—Debíamos cambiar un poco de vida. ¿Para quién ha de ser lo que tenemos? Será bueno que lo empiece a disfrutar.

—No pienses tal cosa—ordenaba Laurent—. Debe acostumbrarse a nuestra modestia y no envanecerse ni adquirir ciertas costumbres.

—Pero el día en que muramos...

—Entonces será ya una mujer de edad y de juicio, a la que no perjudicará el tener dinero.

Matilde callaba sin poder evitar una sonrisa ante aquellas ideas de su marido, que creía perjudicial la riqueza y pensaba no morir en mucho tiempo.

Laurent tenía ciega confianza en su longevidad.

—Yo trabajo, produzco y tengo vida sana y honesta—decía—. Así es que tengo derecho a vivir muchos años.

Marta sufría. Era el retrato de su madre, igual estatura, línea fina y elegante, cabellos de oro rizados y grandes ojos de azul negro, que a veces se aclaraban en la sonrisa y a veces se oscurecían.

Realmente había sido para Matilde y Laurent la mis-

ma Marcela que volvía. La joven tenía los mismos gustos que su madre y parecía adaptarse de buen grado a las costumbres de sus abuelos. Así hubiera sido sólo con darle un poco más de libertad.

Ella traía en su espíritu la curiosidad de París, de un París visto al través de las novelas leídas en su solitaria casa de campo de Argel. Había soñado con todos los esplendores, todas las elegancias y todos los misterios que debían acumularse en la capital de Francia.

Ahora estaba en París, y el abuelo no le dejaba verlo.

El París que veía cuando, acompañada de su abuela, tomaban el metro o el tranvía para ir a los grandes boulevares no era el París que ella había soñado.

A pesar de la grandeza de los edificios, del lujo de los escaparates, de la alegría y el movimiento, le parecía pobre y mezquino al compararlo con su sueño.

Sobre todo la molestaba el verse pasar inadvertida entre la multitud. En Argel, cada vez que salía a la calle causaba una profunda sensación a todos los hombres con su belleza dorada y a todas las mujeres con su elegancia. En París ni la miraban siquiera.

El abuelo era tan severo que le impedía pintarse. Sin la complicidad de la abuela, que la dejaba entrar en los gabinetes donde había tocador, para pintarse de rojo los labios y las mejillas y de negro las pestañas, hubiera hecho un mal papel con su tono moreno mate y sus labios sin color.

Necesitaba tener cuidado de no llegar así a su casa. En el camino se pasaba por la cara el pañuelo empapado en la mezcla de alcohol, alcanfor y leche que llevaba su abuela preparado en un frasquito para borrar todo vestigio de pintura.

Por fortuna vino el amor a evitar las mil travesuras que comenzaban a cruzar por su cabecita, con tal de conocer su París de misterio.

Claudio era un muchacho que acababa de cumplir su servicio militar y volvía a caer bajo la férula de su madre.

La señora Millerad se quedó viuda cuando su hijo tenía catorce meses, y tomó tan a lo vivo el papel de *padre*, que Claudio le temía mucho más de lo que hubiera podido temer al autor de sus días. Ella era la severidad misma, no le dejaba libertad para nada, y con un espíritu verdaderamente masculino vigilaba hasta sus relaciones sexuales, poniendo siempre cerca de él criados jóvenes y saludables, y no recibiendo más que amigas divorciadas y en buena salud.

El tiempo del servicio en el ejército lo habían robado a su vigilancia. Ahora temía que, mal acostumbrado, se rebelase contra su autoridad y se pervirtiera en brazos de mujeres que dieran al traste con su salud. Temía la negativa de Claudio, ya mayor de edad, cuando ella quisiera volver a llevárselo a su provincia y que llegase a pedirle la herencia del padre, con la cual podría vivir independiente, bien administrada, pero que se esfumaría pronto entre los placeres de París. También ella concebía un París que no había visto jamás, lleno de misterios y de goces.

La presencia de Marta le hizo concebir el proyecto de casar a Claudio. Obsesionada con la idea de la salud de su hijo fué el aspecto de la muchacha, rebotante de vida, lo que le hizo reparar en ella. La señora Millerad había sido amiga de la infancia de Maroela, y reanudó sus relaciones con los esposos Laurent.

Claudio, que acompañaba a su madre a todas las visitas, aburriéndose soberanamente, encontró un placer en ir a casa del pintor, donde reinaba un ambiente cordial. El tenía gran afición a la pintura, y Marta se encargaba de enseñarle los cuadros de su abuelo.

Se sentía dichoso de que su madre, entretenida con la señora Laurent, lo dejase hablar libremente con la hermosa muchacha de ojos azules, que le hacían estremecerse cuando se clavaban en él. Marta conoció bien pronto el efecto que le causaba a Claudio, y su corazón se abrió en gratitud hacia el joven, que, teniendo

a su alcance el Paris del misterio, sólo se ocupaba de ella.

En el disgusto que le causaba la indiferencia general para con su hermosura, el homenaje de Claudio era una compensación y un consuelo. El joven era tímido y dulce, como educado por mujer. Estaba más capacitado para entenderla y más lleno de ternuras para tratarla que ninguno de los hombres que había conocido. Sobre todo era muy guapo, con sus grandes ojos negros en el rostro pálido y su boca incorrecta. La incorrección de la boca era su mayor belleza. Los dientes, blancos, un poco separados y salientes de la mandíbula superior, hacían valer en la sonrisa el labio inferior carnoso y algo vuelto. Era una boca grande, fresca, que cuando ella la miraba le hacía estremecer hasta el fondo de sus entrañas.

Los padres se convinieron pronto. Laurent deseaba verse libre de la responsabilidad de tener bajo su guarda una muchacha impetuosa, romántica, llena de deseos y de curiosidades. Claudio era un buen partido, y sobre todo era un chico bueno, inocente, *de lo que ya no hay*, como aseguraba su madre.

Aleccionados por la experiencia, tuvieron cuidado de no hacer ver a los jóvenes su acuerdo. La señora Millerad dejó de visitar a sus amigos, y Laurent declaró que le molestaba la asiduidad de la madre y el hijo.

Entonces estalló la pasión de Marta y Claudio, se buscaban, se daban citas, de tal modo que fué preciso no extremar demasiado la aparente oposición de los padres.

La boda se hizo rápidamente y la señora Millerad pudo volver a su provincia dejando a Claudio bajo la férula de su esposa, que amenazaba con ser tan despótica como la suya.

Durante la luna de miel, ambos, sin decirselo, trataron de satisfacer todas las curiosidades. La madre de Claudio se había dado maña para continuar administrando sus bienes. Todos los meses le enviaba la renta asignada a su sostenimiento, y Laurent pasaba otra cantidad igual a su nieta. Podían permitirse gozar sus amores sin la preocupación del dinero, pero con el freno de no gastar más de lo que recibían.

Sin los celos de Marta hubieran sido completamente felices. Pero Marta se revelaba celosa e intransigente. Más que celos de amor era deseo de dominio lo que experimentaba. Acostumbrada desde pequeña a tener que obedecer, como niña sin madre, encontraba ahora la ocasión de satisfacer su ansia de tiranizar.

Claudio tenía que fingirse celoso y exigente para no hacer mal papel dentro del tono que su mujer le imprimía a la vida.

Pero lo que en ella era una verdad, en él era una ficción, y así acababa por ceder siempre.

La señora Millerad no pensaba que su hijo caía dentro del matrimonio en mayores perversiones que aquellas de las que quería librarlo.

Marta y Claudio se entredevoraban.



A él lo había acometido la preocupación de la elegancia. Quería que Marta tuviese el gesto y las maneras atildadas de las damas del gran mundo y de las americanas que veía en los restaurantes, y la reprendía de continuo por sus espontaneidades.

—No andes así.

—Siéntate mejor.

—Ese sombrero no te está bien.

—No son elegantes esos zapatos.

—Habla bajo.

—Haces ruido al masticar.

Todas aquellas observaciones eran motivo de disgusto profundo para Marta. Le parecía que su marido no la encontraba bastante bella y elegante, que se avergonzaba de ella, y que la creía inferior a las otras mujeres.

La manera de igualarlas era no quedar atrás en la indumentaria. Eso le hacía multiplicar sus caprichos y gastar de un modo imprudente, aunque siempre con la anuencia de Claudio, en cuyo deseo de mundaneidad entraba el hacer de caballero galante con su mujer y después de haberla enfadado con algún reproche le compraba un nuevo traje o le traía por docenas sombreros y zapatos.

Pero los trajes y los adornos no bastaban. Eran las joyas las que daban aire de distinción y revelaban una fortuna sólida. Encontró joyero que le fiara para pagar a plazos un collar de perlas, aretes y pendentif de brillantes y una sortija maravillosa, donde un zircón irradiaba las luces azules cerca del anillo de desposada.

Para no escandalizar a los abuelos con su lujo, Marta les decía que sus joyas eran falsas.

Claudio y Marta no podían afirmar si eran o no felices.

Las dificultades de orden económico, a causa de los gastos excesivos, se harían sentir. Iba a ser necesario reclamar a la madre la legítima paterna de Claudio, al que con sólo pensarlo se le ponía carne de gallina. ¡Y cada día iban creciendo sus necesidades!

El tenía la mortificación de llevar a su mujer como a un potro, con la brida siempre tirante, para evitar genialidades que lo ponían en ridículo.

Ella sentía como una humillación el temor de su marido a que no fuese lo bastante *chic*, y se revolvió huraña, arisca y celosa de todas las mujeres. Para demostrarle que no hacía un papel inferior al lado de ellas atraía con sus grandes ojos de azul marino a casi todos los hombres que se le acercaban. Su atractivo, su exotismo de rosa argelina, casi de gitana, triunfaba sobre todas las demás. Entonces Claudio se sentía, al par de satisfecho, celoso, y dentro de su carácter débil, en vez de enfadarse, se ponía triste.

Marta lo hubiera preferido furioso. La desesperaba verle silencioso, ensimismado, dolido, sin responder apenas a sus preguntas.

Tenía Marta para su marido el mimo de llevarle a la mesa alguna golosina que le agradase. En aquellas crisis Claudio rechazaba los obsequios de su mujer. No podía hacer ofensa mayor a Marta. Se levantaba llorando, daba gritos que llegaban a oídos de la vecindad y caía con ataques de nervios, a los que tenían que acudir las dos criadas. Claudio, aterrado, demandaba su perdón, pero no solía conseguirlo fácilmente, a pesar de las penitencias que se imponía de ofrecerle un nuevo traje o una nueva diversión.

Al fin llegaban a hacer las paces, gracias al sentimiento de voluptuosidad, fuertemente excitado, que los unía.

Iban a los teatros, a los restaurantes de noche, a los cabarets, a todas partes donde podían exacerbar la sacudida de sus nervios. Y siempre salían de aquellos lugares peleados como dos enemigos. Inflamados del amor-odio que los incitaba a buscarse y martirizarse.

Ya era Claudio el que caía en su mutismo porque Marta había mirado al señor que estaba en la mesa de al lado o porque había sonreído al camarero.

Ya era Marta la que se entregaba a sus arrebatos fu-

riosos porque Claudio había reparado en alguna mujer que lo miraba, dejándola a ella en ridículo.

Venían las escenas violentas en las que Claudio amenazaba con suicidarse y Marta cogía las tijeras para matarlo. Y después de gritos, lágrimas, amenazas, convulsiones y desmayos, venían las reconciliaciones con extremos de pasión carnal, en la que se entregaban ávidamente a la busca de una sensación nueva.

El tiempo era para ellos de una monotonía sin igual o de una intensidad de muerte. Se habían acostumbrado a las sensaciones fuertes y querían hallarlas, superadas, en cada día y cada hora.

Un feroz deseo de posesión absoluta los martirizaba. Querían estar confundidos el uno en el otro para sentirse más seguros de que nada podría liberarlos de aquel goce tormentoso. Ya llegaban a querer escudriñar en el fondo de su pensamiento.

Unas veces era él y otras era ella quien se le quedaba mirando a la frente y preguntaba de pronto:

—¿Qué estás pensando?

Ante el desconcierto del sorprendido en su intimidad, el demandante añadía:

—Ya sé lo que estás pensando: que no me quieres.

—Te aseguro...

—No... Si yo sé lo que pensabas; no me engañarás...

Y no tardaba en sobrevenir la escena violenta.

Otras veces, en medio de una conversación apacible, uno de ellos protestaba:

—No sientes eso que me has dicho. Estás pensando otra cosa. Yo sé lo que estás pensando.

Solía el acusado tomar aires de verdadero culpable en su sorpresa y llegar a confesar, como los torturados de la Inquisición, lo que el otro deseaba, con tal de obtener el perdón y aquel premio de voluptuosidad intensa y acre que lo seguía.

La salud de ambos se quebrantó en esa lucha. Entonces experimentaron una nueva sensualidad con sus mutuos cuidados. Si Claudio tenía que guardar cama, Marta

se constituía en enfermera ideal, y le prodigaba cuidados que él agradecía besándole las manos y confesándole:

—¡Eres un ángel! ¡No te merezco!

Sin perjuicio de volver a las peleas en cuanto llegaba la convalecencia.

Si la enferma era Marta, Claudio no se separaba de su lado. La cuidaba con una ternura y una dedicación que la hacía exclamar conmovida:

—¡Qué bueno eres! ¡Cuánto te quiero!

En aquellos momentos ambos reconocían sus errores y hacían planes de enmienda para lo por venir, pero con la mejoría se daban al olvido los buenos propósitos.

Una vez habían estado a punto de separarse porque Claudio se había quitado su anillo de alianza para bañarse y Marta lo vio sin él. Era un crimen separarse ni un solo momento de aquella joya que simbolizaba su unión. Era querer romper el lazo que los unía. Su anillo de desposada era para ella una cosa santa de la que no podía desprenderse ni un solo instante.

Para colmo de males el anillo no parecía; Marta se consideraba ya descasada, separada de Claudio para siempre; cuando se notó que estaba detenido en el codo formado por la cañería de desagüe del lavabo.

Fué entonces Claudio el que no quería aceptar las excusas de arrepentimiento de una mujer capaz de creer que él podía cometer una infidelidad tan deshonrosa.

Esta vez tuvo que intervenir la abuela, tratando de que no se enteraran la señora Millerad ni Laurent.

Siguió a ese gran disgusto un período de calma; una especie de convenio mutuo para no continuar entredevorándose a disgustos y caricias despedazadoras.

No se confesaban, ni a sí mismos, que su reposo provenía de un gran cansancio. Pero su amor propio no los dejaba descansar; tenían que molestarse el uno al otro para mantener el prestigio y el principio de su autoridad. Se desesperaban de no encontrar ya el raptó de voluptuosidad que habían tenido sus caricias. No podían disimular la frialdad que presidía sus transportes.

El tiempo que no estaban de fiesta en fiesta, o lograban despertar su sensualidad, lo pasaban aburridos y descontentos. No se bastaban a sí mismos. Deseaban refugiarse en la convivencia de sus amigos y frecuentar la sociedad, pero su deseo de dominio sufría al ver escaparse algo que les pertenecía a ellos en absoluto, con las relaciones de la vida social. Los feroces celos de ambos se oponían.

Sus nervios, como cuerdas de guitarra atirantadas por las clavijas, estaban prontos a vibrar, saltar y romperse. Los conmovía hasta el aire, en su sobreexcitación. En algunos momentos se sentían cerca de la locura.

Marta comenzó a padecer palpitaciones y desvanecimientos, y Claudio a pasar días enteros en cama con los cólicos hepáticos y la jaqueca.

Comenzó entonces el deporte de visitar a los doctores eminentes para oír sus opiniones, sin hacer caso de sus recetas más que cuando les resultaban agradables.

La primavera, despertando más la animalidad, hizo estragos en ellos. Marta enflaqueció de un modo alarmante. Estaba pálida y sus ojos azules parecían lirios en el tono aceitunado de la piel. Las ojeras de Claudio le bajaban hasta la boca, que se abría en un gesto de cansancio.

Realmente ya no podían más.

Una idea luminosa partió del doctor: Marta debía hacer una cura del corazón, y teniendo su abuelo casa cerca de Royat, nada más indicado. Lo consideraba de absoluta necesidad.

—Su situación es delicada—añadió—, y si en estos momentos aparecieran señales de maternidad estaríamos perdidos.

¡Maternidad! Los dos esposos se miraron conmovidos. En su sensualidad no se les había ocurrido la idea del hijo, que les parecía engendrarse con la posibilidad que anunciaban las palabras del médico.

—Es preciso que te marches con tus abuelos a Royat—dijo él.

—¿Y tú?

—Bien sabes que no puedo dejar ahora París. Los negocios de Bolsa a que me obliga nuestra situación económica no me permiten acompañarte.

—¿Y me dejas irme así?

—Es por tu salud.

—¡Pues yo no te dejo! Prefiero morirme a tu lado.

IV

En el fondo los dos deseaban vivamente descansar. Claudio, que había salido de la férula de su madre para pasar por el cuartel y caer en la tiranía de su mujer, soñaba con realizar alguna correría interesante por aquel París que, visto al lado de Marta, era como si lo viese en un cinematógrafo.

No era que él pensara en faltarle materialmente a su mujercita; pero había algo más agradable que buscar el amor carnal en las otras mujeres. Era investigar en la variedad de caracteres, de gustos, probar las delicias de un cortejo salpimentado de deseo. Conquistar simpatías y gozar del aliciente de pasear, excursiones y cenas al lado de una mujer bella e interesante que no le inspirara el tormento de los celos ni dejase huella en su vida. Anhelaba unas vacaciones, un paréntesis en su vida de marido, sentirse siquiera una vez dueño de sus actos.

Marta no era capaz de pensar en faltarle a su marido, pero sentía una gran felicidad en poder estar sola. Descansar de la tormenta de celos mutuos que descargaba cada día sobre sus nervios.

Había salido como una niña, a los veinte años, de una casa solitaria en los campos argelinos para ir a París. Su cerebro estaba tan exaltado por las lecturas como

blanca su vida. En París la recibió una casa triste, arcaica, donde no tenía libertad ni de hacer ruido ni de moverse. No era aquél el París que llevaba en su mente, y así pasó a los brazos de su marido, llena de deseos y de curiosidades. Indudablemente Claudio no había satisfecho por entero ni unos ni otras.

Le gustaría poder estar en sociedad sin Claudio al lado, espíandola, para hacerle pagar caras sus sonrisas o sus miradas. Sin necesidad de pensar en nada pecaminoso, era agradable para una mujer saberse bella y bien vestida; sentirse deseada entre una atmósfera de halago y cortesía.

Pero cuando después de otra crisis de palpitations Claudio insistió en que fuese a Royat, ella se negó aún.

—Es mucho un mes sin mí. Yo te conozco. Me serás infiel.

—Quedo lleno de tu recuerdo y no pensaré más que en ti.

—Es que no quiero que llegues a faltarme ni con mi propio recuerdo.

—Puedes estar tranquila. Trabajaré sin pensar en nada más que en lograr un buen éxito para que tengas cuanto desees a tu vuelta.

—Y tú me dejas ir sin resquemor ninguno.

—Sé lo buena que eres, y el que estés con tus abuelos aumenta mi tranquilidad.

—Yo no quiero que estés tranquilo.

—Estoy seguro de tu cariño como tú debías estarlo del mío.

—Pero eres hombre...

—El corazón no tiene sexo...

—Es que si me faltaras me volvería loca y no sé qué haría.

—¿Me amenazas?

—Me amenazo a mí misma, porque te mataría y no podría sobrevivirte.

—¿No me sabrías perdonar?

—No.

—¿Lo ves? Hay en ti más egoísmo que cariño.

—¿Me perdonarías tú?

—No es lo mismo.

—¿Por qué no?

—La falta de la mujer es otra cosa. Puede traer un hijo ajeno a casa de su marido.

—Y es mejor que sea el marido quien lleve uno suyo a casa de su vecino. ¿No es eso?

—No, no es eso. Es que socialmente causa la deshonra.

—Acabas de decir que el corazón no tiene sexo.

—Nada tiene que ver una cosa con otra.

—Para mí lo es todo. Desprecio la sociedad. Sólo me importa tu cariño.

—Lo tienes.

—Pero no sería capaz de perdonarte una infidelidad.

—No ha de darse el caso.

—¡Ojalá! Porque mi venganza sería terrible.

—Cuando me amenazas así me das la sensación de no quererme.

—Al contrario. Si no te quisiera te perdonaría. Sólo las indiferentes o las culpables pueden perdonar una falta de amor, de fidelidad.

—¿Crees eso?

—Sí. El que posee la seguridad de su lealtad propia tiene que exigir la fidelidad; sin fidelidad no hay confianza, y sin confianza no hay amor.

—Yo confío en ti y te he dado pruebas para que creas en mí.

—Sí y por eso te amo; pero como soy incapaz de faltarte, soy incapaz de perdonarte.

—No pienso cometer ninguna culpa.

—¡Más vale así! Si me engañaras tendría que engañarte yo a ti antes de poderte perdonar.

—¡Linda teoría!

—¡A que te enojas!

—No.

—Sí, si sé lo que estás pensando...

—Te aseguro...



—No asegures nada; estás pensando en que puedo ser capaz de faltarte por despecho y tienes miedo.

—Te juro que no pienso tal cosa.

—Sí, si estás pensando eso. Si desconfías de mí, acompáñame.

—No seas niña. Sabes que no puedo y que..., además..., para tu cura al corazón... es mejor que vayas sola..., yo sería un obstáculo...

—Bueno. Pero tú mientras cuidate, haz vida reposada. No vayas a ninguna parte.

—¿Dónde había de ir sin ti?

—Sé bueno, Claudio, sé bueno—dijo Marta, transigiendo al fin—. No olvides que una traición tuya me mataría. Yo no soy de esas mujeres que saben perdonar. Ya te lo he dicho. Sólo los culpables pueden perdonar a los otros culpables.

—Es una teoría muy extraña la tuya.

—Es la verdadera. Cada vez que rezo el Padrenuestro me afirmo en ella.

—No sé por qué. Cristo recomienda el perdón.

—Pero dice: "*Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.*" Hay que tener deudas que hacerse perdonar para perdonar a los otros.

Claudio dió un beso apasionado a su mujer y le dijo riendo.

—Con razón se os ha prohibido a las mujeres el sacerdocio. Es curioso ese modo arbitrario de interpretar las palabras divinas. Mi madre cree que jamás se realizará la justicia social porque Cristo profetizó: "A los pobres los tendréis siempre con vosotros", y deduce de ahí que siempre habrá pobres.

Marta rió también, y ganada por las caricias de su marido, quedó convenido el viaje, que había de tener como prólogo una intensa *luna de miel*, y acarrear nuevos gastos de vestidos, zapatos y sombreros, aunque aseguraba que no saldría de casa de sus abuelos más que para ir a las Termas.

—Sin embargo—añadía—, son precisas tantas cosas en una estación termal. Traje de mañana para no enfriarse después del baño. Se necesita abrigo, impermeable. A mediodía es preciso un vestido ligero. Por la noche hace frío. Se estropean los sombreros que es un horror y no hay zapatos que basten.

Claudio, satisfecho de verla contenta, de que lo dejase descansar y de que se mostrara tan encantadora como se ponía siempre que podía hacer su gusto, la mimaba y se plegaba a su voluntad.

Se excedía en sus regalos mientras ella cuidaba de dejarle preparado cuanto había de necesitar.

En la despedida él le llevó flores, bombones y nuevos frascos de perfume.

Era como si se fuesen a separar por muchos años o a cruzar el mar.

Hasta que el tren se puso en marcha no cesaron los besos, las lágrimas contenidas y las recomendaciones:

—No me olvides.

—Acuérdate de mí.

—Que te cuides.

En el último apretón de manos sus ojos descansaron sobre los aros de oro de la alianza que los unía.

—Escribe en seguida.

—Telegrafíame.

Se asustó del suspiro de satisfacción que salió de su pecho al partir el tren. Aquellos últimos momentos se le habían hecho interminables. ¿Le sucedería lo mismo a Claudio? Sacudió los rizos dorados de su cabeza para echar lejos de sí la idea molesta. No quería que la persiguieran recuerdos ni celos. Estaba dispuesta a gozar sus vacaciones y a recuperar su belleza, comprometida en esa tortura que constituía su vida de casada.

Colocó el sombrero en la red del vagón, se sentó cerca de la ventanilla, se colocó un clavel en el pecho y un bombón en la boca y dejó vagar la mirada por el ancho horizonte que se abría ante ella. Atrás quedaba París y atrás quedaba Claudio.

V.

¡Auvernia! Encontraba poesía en ese nombre. Algo representativo del alma de la Francia desconocida de los que forman la sociedad cosmopolita de París y de las playas de moda de Biarritz, de Niza y de Normandía.

La invadía la emoción que se desprendía de los cuadros de su abuelo. Conocía los paisajes como si ya hubiera vivido mucho tiempo allí.

Estaba la casa de su abuelo más allá del viejo Royat, en el campo, en las estribaciones de uno de aquellos *Puys* (1) que se encadenaban unos a otros como macizos de árboles.

Allí no llegaba la sociedad cosmopolita que hacía de Royat-les-Bains una villa moderna.

Eran verdaderos campesinos auverneses los que la rodeaban. Gentes nacidas allí, que no se habían alejado nunca más de tres kilómetros de su lugar y poseían un número de ideas limitado. Para ellos era tan fabuloso París como los hechizos de Puy de Dôme. Su vida se deslizaba ocupados siempre en sus labores caseras y en sus tareas de pastoreo y agricultura, sin desear más que

(1) Montes.

salud y buenas cosechas y sin darse cuenta de los días, los meses y los años.

—Aquí no debe morirse la gente nunca—le decía Marta a su abuela—. No he visto en ningún país tantas personas viejas.

—Y fíjate—respondía doña Matilde—que no son viejos disecados, encorvados hacia la tierra, de piernas vacilantes y cerebro inútil. Son viejos ágiles, que trabajan, y centenarias que hacen encajes y cosen la ropa sin ponerse gafas. Es el aire de Auvernia, cargado de emanaciones de radio, lo que los alimenta.

Debía ser verdad, porque Marta, a los cuatro días de llegar, experimentaba ya los efectos del reposo y de la placidez que la rodeaba. El color volvía a sus mejillas y recobraba fuerza; pero ella no deseaba esa existencia. La asustaba más la idea de la vida vegetativa de aquellas gentes que la muerte misma.

—Sería una maldición vivir tanto y vivir así—decía.

—No seas niña—contestaba su abuela—. El placer de vivir es sentir la vida.

Ella callaba, pero no concebía la vida sin sensaciones fuertes. Seguía viciada por sus ensueños y las costumbres ya adquiridas al lado de Claudio. Se le hacían insoportables el reposo y la soledad.

Con el pretexto de que la casa estaba demasiado lejos del balneario para poder ir tres veces todos los días a hacer el tratamiento, convino con su abuela irse a Royat y que le mandasen las cartas de su marido.

—No es necesario que se inquiete sabiendo que estoy sola—dijo.

En cuanto al abuelo, apenas se daba cuenta de nada. Gruñía por todo, se enfadaba por cualquier cosa; pero toda su atención se reconcentraba en las rocas y la entrada de una gruta que estaba pintando.

Marta se instaló en el Hotel Metropole, que fué el que le pareció más alegre y más en el centro de Royat.

La encantaba la belleza de la villa cosmopolita, toda formada de hoteles, pensiones y casas para los extran-

jeros. Daba idea de un gran nido de golondrinas que se quedaría desierto cuando los primeros fríos provocaran la desbandada de los agüistas.

Pero todos los edificios modernos, blancos, con sus tejados rosa, estaban rodeados de jardines. Brotaban como *champignons* entre los árboles, en las estribaciones de la montaña.

Los primeros días se dejó ganar por el ambiente general de los agüistas, que sólo se preocupaban de atender a su salud y observar el régimen de alimentación frugal y gran reposo.

Llegaban a Royat caravanas numerosas de cardíacos de todas partes del mundo. La Auvernia toda era un sanatorio inmenso, con su clima y sus aguas de Royat, Vichy, Chatel-Guyon, Mont Dore, o la Bourhoule, que respondían a todas las necesidades del organismo: corazón, hígado, estómago, intestinos, respiración y raquitismo. Parecía que un químico sabio había disuelto los minerales correspondientes al tratamiento de las enfermedades en cada una de las fuentes, que eran volcanes disminuidos en su intensidad.

Resultaba asombroso cómo la observación de los hombres se había aplicado a los remedios que ofrecía a sus males la Naturaleza. Las virtudes de aquellas aguas se conocían ya desde una antigüedad remota, como lo propalaban las ruinas de las Termas galorromanas que se veían a la entrada del Parque.

La Naturaleza había reunido en el escaso espacio de terreno del Parque las cuatro fuentes medicinales de propiedades diferentes y maravillosas.

Eso hacía que la concurrencia no se esparciera y todo el mundo tuviera que acudir allí forzosamente. Se daban cita todo lo elegante y todo lo estrambótico.

Por lo general, el aspecto de los enfermos que acudían a Royat era el de personas sanas que iban a curar exceso de sangre y de salud. Los enfermos del corazón no causaban repugnancia ni miedo al contagio. Hasta se diría que había en ellos algo de poético. Ante toda mujer

pálida e interesante se deseaba descifrar una historia dolorosa.

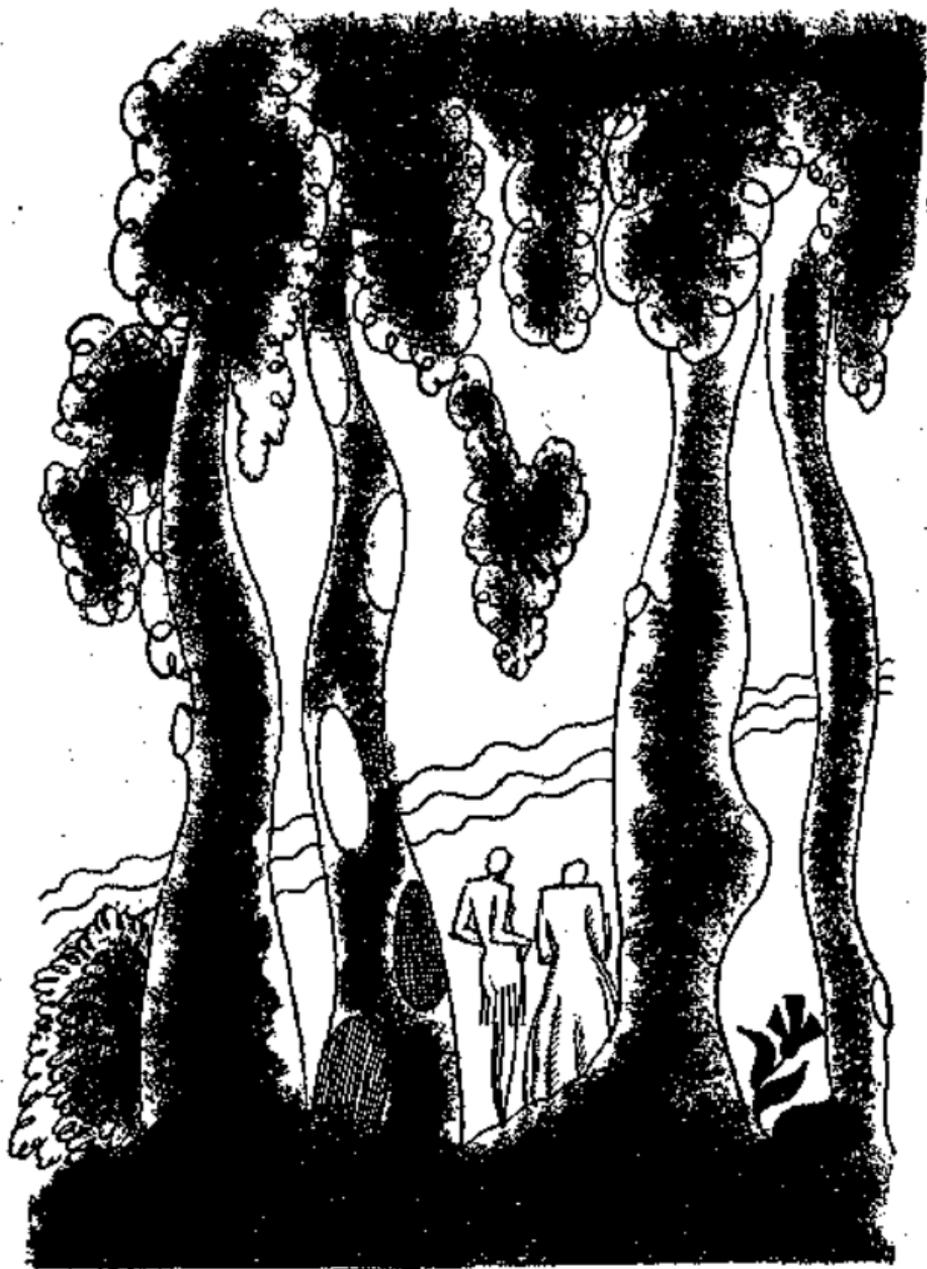
Sentada bajo el frescor de los árboles, cerca de la fuente *Eugenia*, que perpetuaba el nombre de la emperatriz, en memoria de haberse inaugurado durante su viaje a Auvernia, veía desfilir toda clase de tipos y de trajes.

Pasaban argelinos, con sus turbantes y sus chilabas, trayendo a la memoria los días de su infancia; negros y mulatos, los cuales, menos conservadores que los árabes, se vestían cuidadosamente a la europea. Tenían las mulatitas una risa tímida y burlona a un tiempo mismo al cruzarse con las blancas. Tanto ellas como las negras se vestían de rosa y de azul. Los turcos conservaban siempre su fez, a pesar del traje europeo. Las suecas se distinguían por las facciones pronunciadas, los ojos claros y los cabellos mates, de un tono de caoba desteñido. Abundaban las rusas, de cara vivaz e inteligente; las españolas, de cabeza alta, como acostumbradas a sostener el peso de la peineta y los claveles; las inglesas, de línea recta y serena; las yanquis, con su desembarazo masculino; las italianas, de ojos de tinta; las holandeses, de frente anchísima, y las portuguesas, de aire rítmico y mesurado.

Todas se igualaban en el traje borrando edades con la uniformación y el *maquillaje*. Las señoras de edad lucían los trajes blancos y los atavíos más llamativos. Al lado de las mayores elegancias se veían las extravagancias más raras e inverosímiles.

Y todo pasaba entre la indiferencia general, con esa tolerancia con que Francia, donde no existe la idea del ridículo para paralizar iniciativas ni impulsos, imprime a todo.

Pero al cabo de dos días Marta se cansó del desfile de tipos y pensó en distraer su aburrimiento con la lectura. Fué a suscribirse a la Biblioteca circulante, pero no lo graba poner atención en el libro, que llevaba como colgado de su mano,



Se entretuvo un par de días en descubrir las bellezas antiguas de Clermont y Montferrand, sus iglesias románicas, su catedral gótica y los viejos edificios que conservaban un marchamo de la antigua nobleza de Francia. Ella, poco conocedora del arte, miraba con igual interés los viejos palacios, llenos de leyendas y tradiciones, y los escaparates donde lucían las últimas modas llegadas de París.

El estar en Royat uno de los grandes centros de lapidarios de Francia hacía que se vieran por todas partes escaparates llenos de la luz de las piedras preciosas, admirablemente talladas.

Sentía un deseo de comprar de todas aquellas flores de luz, de colores tan bellos y brillantes, a los que se atribuían símbolos y virtudes. Miraba con cierta inconsciente envidia aquel edificio grandioso que veía al cruzar Chamaillers, donde estaba la imprenta del Banco de Francia, que le parecía a ella una fábrica de dinero.

Bien pronto comenzó a sentir de nuevo aquella mortificación continua de deseos insatisfechos y de incerteza en la vida. Todo la molestaba. No podía soportar le media hora del baño sentada en la tina de mármol, dejando pasar los minutos con la servilleta caliente sobre los hombros y la vista fija en las burbujas formadas por la *pequeña corriente* del agua, que, sin pasarle de la mitad del pecho, entraba y salía de la bañera.

Sin hacer caso de las órdenes del doctor abandonó aquel baño para lanzarse a la piscina.

Nadaba como un pez en el gran estanque de agua color sepia, que ennegrecía las carnes. Su cuerpo gracioso, ágil y bien formado, llamó la atención, y desde los primeros días aumentó, por su influencia, la concurrencia masculina.

Tuvo una verdadera corte de admiradores y no tardó en contar con numerosos amigos y amigas.

Comenzó con ellos la vida mundana que le interesaba tanto: vestirse bien, cambiar de trajes, aparecer bella y

deseada, era cuanto llenaba su vida. De Claudio se acordaba todas las mañanas cuando recibía su carta y la contestaba. Después de ponerla en el correo ya no se preocupaba más.

Le faltaba hasta el tiempo de ir a almorzar con sus abuelos, apresurada siempre de invitación en invitación. Por las tardes iba al Casino, donde jugaba a la *roulette*, una especie de parodia de la ruleta, y al *baccarat*, y acababa bailando como una peonza en el *dansant*. Eso no le impedía cumplir el ritual de ir todos los días a tomar su taza de chocolate frío y los deliciosos bombones de la "Marquesa de Sevigne", la gran fábrica de Royat, donde se saboreaba, acabado de hacer, el famoso chocolate de fama mundial. Era Francia el país donde más chocolate y golosinas se consumían.

En el elegante salón, unido a la fábrica, lucía la exposición de muñecos y de bomboneras más lindos que había contemplado. Era el lugar de reunión de toda la sociedad aristocrática y elegante de Royat, mientras que la burguesía prefería subir al *Paraiso*, un restaurante colocado en las estribaciones del Puy Chatelet, que dominaba Royat.

Se multiplicaba para estar en todas partes, no faltar a jiras ni comidas y asistir todas las noches al lindo teatro, por donde iban desfilando todos los artistas notables de Francia.

No había querido confesar a su círculo de nuevas amistades que era casada. Los cortejos a una mujer casada envolvían algo de ofensivos para su modo de ver las cosas; pero le había costado no poco trabajo arreglarse un estado civil a su gusto.

Ser viuda le parecía una cosa envejecedora. Soltera, tenía algo de bobo, y a sus años le resultaba un poco deprimente para su amor propio.

Tomó el nombre de su padre y se hizo pasar por madame Moran, divorciada.

Le parecía lo más *chic* ser divorciada, lo que hacía a

una mujer más interesante, dada su tendencia hacia lo romántico, mezclado de sensualidad.

Para representar mejor su papel se guardó su anillo de boda en el bolsillito de su cartera, y el zircón mostró su luz azul, libre y solo, sobre su mano.

VI

Y, a pesar de todo, no se divertía. No encontraba verdadero placer en nada. No la interesaba ninguno de aquellos hombres. Su interés por ellos no pasaba del momento en que los atraía y vencía a una de sus amigas, robándole sus homenajes; su gusto era vencer y despreciar.

Eso la haría aún más atractiva. Todos se empeñaban en ser el preferido, en poderla fijar. Había llegado a ser la mujer de moda en el balneario.

Su pensamiento se volvía con frecuencia hacia Claudio. Era a su lado donde podría gozar esta embriaguez de su amor propio, unida a su cariño. Dudaba si sería culpa de ella misma el no haberlo podido lograr, por haber dado a su unión aquel tono celoso, intransigente y apasionado.

En la mesa colocada cerca de la suya, en el elegante comedor del Metropole, se sentaba un joven, moreno, que no debía hacer régimen, porque se veían en su mesa, en lugar de las cajas de pan de Royat, la sal de régimen y la saludable agua de Velleda, varias botellas de vino. Su modo de hablar, demasiado alto, y su mal francés, hacía que todos le creyesen español o italiano.

Aquel hombre atraía su atención, porque parecía no haber reparado en ella, a pesar de la frecuencia con que

se encontraban en todas partes y sobre todo en la piscina.

El se hacía admirar allí con sus dotes de nadador y su hermoso cuerpo varonil y bien formado, de un tinte moreno claro.

Y no era que fuese un hombre distraído y ensimismado. Al contrario. Era ella en la única mujer que no reparaba, mientras decía siempre chicleos a las otras. No pasaba una por su lado a la que no mirara intensamente o le dijese algo.

—Es el carácter español—comentó una de sus amigas.

La interesó doblemente el saber que era español. Un amor español debía tener algo de excepcional, de apasionado y romántico.

Desde entonces, todo su empeño fué hacerse notar de Mr. Antonio, como le llamaban todas, prescindiendo de su apellido.

Al fin pudo lograrlo, y Antonio dejó de reparar en las otras para dedicarse sólo a ella; pero no con el carácter de un enamorado ni de un galanteador, sino por una simple simpatía amistosa.

Se les veía siempre juntos en la piscina, en el Casino, en el Parque o en la chocolatería. Ya en el *the dancing* sólo bailaban el uno con el otro. El la acompañaba al teatro; le llevaba el bolso con el termo, para coger el agua de la Fuente Eugenia, y hasta se había trasladado de mesa para comer en la de ella.

Ante aquella asiduidad, los demás galanteadores se retiraban. El español triunfaba en toda la línea.

Pero, en realidad, el triunfo que aparentaba era sólo debido al respeto de que sabía rodear a Marta. Todas las noches, cuando la acompañaba hasta el ascensor, que la conducía hasta su cuarto, se despedía con la fórmula de cortesía española, que hacía reír a Marta:

—A los pies de usted, señora.

Y ella contestaba en español, imprimiendo a las palabras un acento gutural:

—Beso a usted la mano.

Una vez en su cuarto, tiraba con mal humor sus ves-

tidos. No sabía si *su españolito*, como cariñosamente le llamaba, estaba o no enamorado de ella, y no sabía tampoco si le era más grata esa dulce amistad que una pasión a la que tenía propósito de no corresponder, porque estaba decidida a no cometer más que lo que ella consideraba *pecados leves*.

Y, entretanto, los días iban pasando y se acercaba el de volver a París. Apenas le quedaba una semana de hacer su vida libre de mujer *divorciada*, que tanto la satisfacía, aunque era inocente en el fondo. Se contentaba con bordear el abismo, sin caer en él; pero le gustaba la sensación de gran peligro.

—Me tientan esos grandes coches que salen todos los días de excursión—le dijo a su amigo—a las alturas de Puy de Dôme y a los lugares vecinos.

—La mejor excursión—respondió él—es la vuelta a los lagos y a las montañas; se gasta todo el día, pero es como se ve la Auvernia. Es incomparable.

—Me alegro que este país le guste a usted, porque yo tengo algo de auvernesa, a causa del largo tiempo que ha vivido en esta región uno de mis abuelos.

—Pues si tiene usted orgullo patriótico, puede estar satisfecha, porque yo, que he estado en América, le aseguro que no son mejores los paisajes mejicanos. Las cumbres de Maltrata no superan a las montañas de Auvernia.

—Pero si usted ha dado ya ese paseo no es cosa de repetirlo.

—Al lado de usted lo veré todo con una luz nueva, la luz que le prestan sus ojos, y será todo más bello.

Ella dió las gracias con la sonrisa y no pudo dejar de pensar.

—¿Por qué a los maridos no se les ocurrirán estas galanterías, que el alma de la mujer necesita tanto?

Quedó decidido que al día siguiente harían juntos su clásica vuelta a los lagos.

—No se vaya usted a dormir—recomendó él al despedirse.

—Me acostaré en seguida.

Pero, a pesar de sus propósitos, no pudo conciliar el sueño. Preparaba como un acontecimiento su paseo. Antes de acostarse se bañó, se hizo al agua las ondas de su cabellera, se dió barniz en las uñas y crema en el rostro, y ensayó ante el espejo el traje que le sentaba mejor.

Faltaba más de media hora para la salida, cuando Antonio fué a llamar a su puerta, y ella estaba ya vestida y con su bastón ferrado en la mano.

Salieron alegres, como dos colegiales que hacen una escapatoria del colegio. En aquel momento Marta no se acordaba de nada. La mañana le hacía sentir esa gana de cantar con que la reciben los pájaros.

—¿No nota usted que el aire se acaba de despertar—dijo ella—y está más fresco y más joven?

No tuvo tiempo de contestarle. El gran auto se detenía ante ellos, acallando el ruido de su motor, que tenía algo de alegre y cascabeleante.

No quedaban más que sus dos plazas, y tomaron asiento en la trasera, muy juntos. El primer momento fué para examinarse unos a otros.

A su lado iba una señora joven, con gafas, tipo de maestra de escuela, provista de lápiz y cuaderno de apuntes.

Los tres asientos de delante pertenecían a tres suecos. Una señora con su hija y un amigo o novio de la joven. Excepto la madre, iban todos a medio vestir. La joven mostraba, con gran inocencia, pecho, piernas y brazos al aire, y él llevaba su camiseta de malla, de manga corta, su pantalón blanco y sus zapatillas de goma. Tenían el mismo color de cabello, caoba viejo; el mismo rostro, colorado, como congestionado de sol, y los mismos ojos claros. A no oírlos llamarse *mademoiselle* y *monsieur* se les hubiera creído hermanos. Los dos eran grandes, fuertes, con esa cosa de caballo normando de las razas del Norte. Ella no se había cortado la cabellera.

Los tres asientos delanteros los ocupaban el chófer y dos yanquis, correctamente embutidas en sus impermeables, que sólo hablaban una con otra, en un inglés adul-

terado, con ese modo que tiene América de adulterar los idiomas, ablandándolos.

No tardaron en oírse las exclamaciones.

—¡ Ah!

—¡ Oh!

—¡ Ah!

—¡ Oh!

—¡ Admirable!

—¡ Soberbio!

—¡ Maravilloso!

Verdaderamente, lo merecía el panorama.

Marta, ganada por él, no se acordaba de su compañero y olvidaba sus deseos de coquetería.

Al correr del automóvil se presentaban a su vista los paisajes más variados.

Se extendía ante ellos la extensa llanura de la Limage, limitada por la cordillera de los Puys, enlazados unos con otros, y parecían dar guardia de honor al sultán, Puy de Dôme, que se alzaba en el centro como un enorme pan de azúcar.

El sueco, que había hecho a pie la ascensión hasta su cima, lo miraba con ese cariñoso enternecimiento que sienten por la montaña santa de la Auvernia todos los que han subido hasta su cumbre, como si ese hecho los uniera para siempre al monte y éste tuviese para ellos ya una mansedumbre de potro vencido para con el domador.

El chófer, que hacía también de guía, recitaba la relación, aprendida de memoria para repetirla todos los días a los turistas. Comenzaba por explicarles la altura de la montaña, la situación privilegiada en el corazón mismo de Francia y las extrañas condiciones de visualidad, que llegaban a abarcar el nacimiento de cuatro de sus principales ríos, y a poder distinguir la costa por un lado y las cumbres del Mont Blanc por otro.

Antonio protestó de lo que creía una exageración, pero el chófer explicó cómo las rayas visuales y el ángulo de refracción coincidían para poder distinguir el célebre monte suizo, cuya cumbre finge la silueta de Napoleón,



las mañanas de invierno, antes de salir el sol. Aseguró que mucha gente iba a pasar la noche al Albergue para presenciar no sólo ese fenómeno, sino el del mar de nubes que se formaba a los pies del observador y para ver el espectro del Bokien.

—¿Qué espectro es ese?—preguntó Marta—. Me interesan los espectros.

—Es sólo una cosa parecida al arco iris, señora—respondió el guía—, un efecto de luz que hace ver las cabezas de las personas envueltas en una aureola brillante y de color, como pintan a los santos. En ocasiones se ve también así la silueta del monte.

—¿Y por qué le dan ese nombre?

—Porque se da también ese fenómeno en los montes del Henz, y los sajones creen que es un genio que se paseaba por la cumbre.

—Me gustaría ver todo eso—dijo la señora sueca.

—A mí me daría miedo—respondió la hija.

Las dos americanas leían su guía para saber cuántos cráteres se contaban en aquella cadena de montañas y cuántas de ellas, como el Puy de Dôme, eran volcanes sin cráter.

Leían la historia de los avatares de aquel monte, cuyo nombre significaba *casa santa*, desde que los romanos hicieron allí un templo a un dios, que, con el nombre de Mercurio Dornis, no era más que una divinidad druida transformada. Aún distinguían las ruinas y los muros de una iglesia cristiana, dominado todo por el Observatorio.

—Aquí hizo sus experiencias Pascal con el barómetro—dijo una con aire de doctora.

La francesita no parecía querer escuchar en aquellos momentos la voz de la Ciencia, y contaba que Puy de Dôme había nacido del otro volcán cercano, el "Nido de la Gallina", del cual salía una gallina negra de tres colas, ponía un huevo y se consumía en llamas. El huevo caía en su cráter y las hechiceras iban a buscarle en su fondo el sábado, después de la Misa Negra, y lo partían

para sacar un pergamino, encerrado dentro, donde estaban las órdenes de Satanás.

—Todavía se reúnen ahí los hechiceros—decía con mucha seriedad.

Pero otros panoramas atraían la atención. Pasaban campos de viñedos y de mieses maduras, en los que trabajaban hombres y mujeres. Antonio aseguraba que llevaban el mismo traje de los españoles, variando sólo en las mujeres el tocado, que en las aldeanas de España era el pañuelo en vez del sombrero de las auvernesas. En cuanto a los tipos, no se atrevía a decir que les encontraba un poco aviesos. Con un aire, que se hubiera asustado de hallarlos solo. Algo de campesinos de Sierra Morena.

Veían correr agua por todas partes. En las extensas praderas verdes pacían ganados, y el auto tenía que moderar a veces la marcha para no atropellar las vacas blancas, con manchas alazán, y los bueyes rojos, que ni se apartaban del camino. Tenían algo de místico aquellas vacas, calmosas y tranquilas, que hacía pensar en el sentimiento que inspiraran en los egipcios para divinizarlas.

Se cruzaban con carros, ante los que marchaban, llevando la ahijada mujeres con sombreros que parecían salidos de las Galerías Lafayette.

Pero lo más interesante eran la multitud de pueblecitos. Todos parecían muy pequeños entre las enormes extensiones del horizonte y la altura de las montañas. Eran una nota violeta y rosa para descansar los ojos, saturados del verdor de campos y montes. La Naturaleza agotaba allí todas las tonalidades del verde.

Eran como nidos aquellos pueblecitos, en el fondo de los valles, y daba la impresión de que el agua de las vertientes de los cerros iba a inundarlos y arrastrarlos. Todos nacían alrededor de una iglesia. Cuando los cruzaban, llamaba la atención de Marta lo primitivo de las construcciones, la antigüedad de las iglesias, pues muchas de ellas tenían forma de fortaleza, y vejez de los castillos y casas señoriales, casi todos de estilo galo-romano, sereno

y escueto. Antonio decía que las casitas pobres, con techo de alcatifa, se parecían a las barracas valencianas en su forma, de fachada puntiaguda, sin más huecos que la puerta y la ventana.

La francesa hacía notar la religiosidad de su país en el gran número de cruces y crucifijos que hallaban junto al camino. En todos los rincones de Francia había penetrado el horror de la guerra. De todos aquellos pueblecitos, bellos y tranquilos, habían salido mozos fuertes y sanos, que no volvieron más. Estaban allí sus retratos, en los monumentos "A los muertos de la guerra", que no faltaban en ningún lugar.

La nota general era violeta por los edificios construidos en lava volcánica, aún blanda cuando la sacaban de la tierra, y que se endurecía al contacto del aire.

No faltaba tampoco en ningún pueblecito la romántica fuente en el centro de la plaza, ni el jardín de los muertos al salir.

Al fin, después de cruzar el auto un largo túnel, apareció Aydat, el primer lago.

VII

Por mucho que se los hubieran ponderado, la realidad de la belleza de los lagos lo superaba todo. Eran como lentejuelas que bordaban el gran manto verde, de gala, de la Naturaleza.

Después del deslumbramiento de Aydat, aparecía Chambron más grande, más irregular, más perdido entre los montes. Estaban emplazados sobre antiguos cráteres y ocultaban profundidades fabulosas bajo sus aguas claras.

El auto se detuvo en Chambron media hora. Formaba la orilla del lago una arena semejante a la de las playas, y los bordes del cráter apagado impedían ver más horizonte que el limitado por ellos. Y allí, en aquella hondonada, había un hotel de madera, cuyos huéspedes le parecían pertenecer a un mundo distinto.

—Debía llamarse esto el Lago del Amor—le dijo Antonio al oído.

Eran todo parejas, en una libertad de Paraíso. Todas andaban casi desnudas, pescando unas, bañándose otras, o conduciendo sus barquichuelas de remo entre la espesura. La calma y el reposo eran tales que el ambiente tenía algo de duro y de pesante que ni el movimiento ni los ruidos lograban romper.

—Parece que se oye el silencio y que él apaga todos demás ecos—dijo Marta.

Antonio sonrió por sonreír, incapaz de comprender la idea.

De buena gana hubieran querido navegar en las barquillas, sobre aquel agua casi sin fondo, pero la cadena del viaje colectivo los impulsaba; era necesario partir.

Y volvieron a cruzar campos cultivados, praderas llenas de pasto donde pacían las vacas, sembradoras de ensueños. Vieron nuevos pueblecitos violeta con sus casas de muros de lava y sus techo de broza. Volvieron a pasar por sus calles ingenuas, sus iglesias viejas, sus monumentos dolorosos, conmemorando la guerra, sus cruces y crucificados; sus románticas fuentes y la cerca de sus cementerios. Todos iguales, todos acurrucados en los repliegues de los montes. Los americanos se fijaban en el nombre de todos los hoteles y pensiones, como si algún día hubiesen de buscarlos, y la maestrita llamaba la atención sobre la cultura de Francia, haciendo notar cómo en todos ellos había edificios de Correos y Telégrafos.

Los lagos parecían colocados expreso para superarse unos a otros: el lago Pavin aparecía con un magnífico zircón azul entre el círculo esmeralda de árboles que se inclinaban como sobre un espejo. Parecía una gema engarzada en la sortija de desposada de la Auvèrnia.

Se retrataban los árboles y las montañas en el cristal de su linfa, y se veían las plantas amatistas que crecían bajo el agua.

—Siento sed en la raíz del cabello—dijo Marta—. Quisiera nadar en este lago.

—Es mucho más engañoso que el otro—dijo Antonio—. Lo que cae en su fondo no aparece jamás. Es la verdadera imagen de abismo encubierto.

—Cuidado—dijo la francesa, acercándose—. Dicen que hay ondinas que atraen a los que se acercan. Se cuentan muchas leyendas de este lago.

—Y quizá sea verdad, porque yo siento algo que me

atrae. Mis pies quisieran danzar sobre él como si fuese de cristal de roca—dijo Marta.

—Yo la salvaré—dijo Antonio, pasando el brazo bajo el suyo.

Ella no resistió, y así, juntos, y sin acertar a hablarse recorrieron una parte de la orilla. El claxon del auto, llamándolos, pareció despertarlos de un ensueño.

Poco después llegaban a la Beisse. Allí se detenían a descansar tres horas, y vieron numerosos hoteles y restaurantes, que esperaban al viajero con algo de ratonera armada.

—Yo no quisiera entrar en ninguno—declaró Marta—. Pida usted que nos den pollo, queso, jamón, fruta y, sobre todo, truchas recién fritas, de esas que hemos visto saltar en el lago y vamos a comer en pleno campo.

Dueños de su paquete y de dos botellas de gaseosa, desdénaron la pradera con bancos y fueron a sentarse a la sombra de un castaño, sobre al césped.

Se repartían la comida como buenos hermanos, pero Marta comía deprisa, mientras que Antonio saboreaba sus truchas lentamente.

—Tiene usted cachaza de cura protestante—dijo ella un poco molesta de tanto compañerismo.

El no tuvo tiempo de contestar. Dos cerdos, gordos, que pacían libremente, se aproximaban a ellos mirándolos con sus ojos de japoneses.

Marta se asustó:

—Son fieras, de raza de jabalí—dijo—, y pueden acometernos.

—No tema usted. Soy español, y los lidiaré como si fueran toros.

Los cerdos se acercaban tanto, que tuvo que coger la botella por el cuello para golpearlos. Los animales se detuvieron, pero, hocico en alto, parecían demandar que les diesen algo. Entonces Marta les arrojó los huesos del pollo, las mondas de las frutas y las cortezas del queso. Los dos animales comenzaron a hozar en ellas con gruñidos de satisfacción.

—Pobrecillos, se han puesto contentos—dijo ella.

—Son tan feos—objetó él.

—No hay nada feo. Todo son diferentes formas de belleza.

—Está usted profunda.

—Repito una cosa que me enseñó mi abuelo. El decía también que no hay tiempo malo, sino diferentes formas de buen tiempo. Pero, mire usted. La ley de la selva. Los otros animales entienden que éstos dicen que están contentos, y vienen a pedir su parte. Vea usted cómo llegan tres gallinas y dos patos. Hay que espantarlos para que no les estorben.

—Es raro que prefiera usted a los cerdos.

—Es por espíritu de justicia hacia esos pobres animales, a los que nuestra gula deja vivir tan poco.

—Pero que se vengan intoxicándonos con su carne.

Ella había terminado su comida y se oxeaba nerviosa las moscas.

—Ve usted—dijo—, no hay paraíso sin serpiente. Las moscas vienen a amargar nuestro reposo.

—¿Y sus teorías de usted?

—No alcanzan a tanto. A veces digo que me gustaría vivir en New York porque supongo que a lo alto de sus rascanubes no subirán las moscas.

—Confieso que no estoy documentado en esa materia.

Marta se levantó.

—Bueno. Lo dejo a usted algo temerosa de que se lo coman las fieras, y voy a pedir una taza de café. Es mi vicio.

—¿No quiere usted un cigarrillo?

—No. Hay un cielo tan limpio que no lo quiero empañar.

Y riendo de su exageración se alejó ligera, levantada la cara hacia el cielo altísimo, azul claro, sin ninguna de aquellas nubes blancas como bellones de lana que lo bordaban al salir de Royat. Antonio pensó en el cielo de Andalucía, y ella en el ambiente de los cuadros de escuela francesa vistos en El Louvre: Watteau, Corot,

Fregnsard y Boucher. Ellos se habían apoderado de aquel azul de Francia.

Antonio acabó de comer lentamente, repartiendo las sobras entre los cerdos, los patos y las gallinas. Cuando calculó que Marta habría ya satisfecho su necesidad de estar sola, fué en su busca, sin apresuramiento. Le gustaba la joven y creía que era ella la presa que le destinaba su suerte para esa aventura que todo español espera de un viaje, pero no tenía prisa. Confiaba demasiado vanidosamente en sus dotes de seducción.

Marta había ido a sentarse en un pequeño jardínillo, inculto, debajo de un enorme pino, frente al Hotel Belfroy. Allí le habían servido el café, y frente a la taza humeante, sentada en la butaca, le parecía haberse muerto y estar ya en otro mundo.

Los únicos ruidos que llegaban allí eran las campanadas del reloj de la iglesia próxima y los que producían los automóviles. No escuchaba voz humana. Sobre su cabeza volaban centenares de golondrinas cuyas pechugas blancas le hacían recordar la tradición de que sacaran las espinas de la frente de Cristo. Le parecieron algo hijas de San Vicente. Y siguiendo su ensueño místico se esforzó por descifrar lo que se decían en sus cantos. Era hablar lo que hacían. Sin duda no era un mito que San Francisco entendía el canto de los pájaros.

Llegó a ella el recuerdo de Claudio y tuvo remordimiento, que procuró acallar disculpándose ante sí misma. Ella no era una viciosa, era una romántica que buscaba ávidamente sensaciones nuevas para satisfacer su sed de imposible. El orden de placeres que hallaba en Auvèrnia no perjudicaban en nada a su marido, pero la reacción noble de su naturaleza en la soledad le hacía ya formar el propósito de no continuar su coqueteo con Antonio, cuando éste vino a buscarla.

—¿Se ha dormido usted?—le preguntó.

—Soñaba despierta.

—Venga usted a ver un baile que hay en la plaza. Son las danzas de Auvèrnia. ¿Las conoce usted?

—Sí. Las he visto bailar muchas veces.

—Pues son lo mismo (con la ligera variante de la palmada que se dan las parejas y ese picaresco gesto que se hacen con el dedo, como si se amenazasen en el caso de descubrir su secreto) que el baile de nuestra región gallega y del Norte de Portugal.

—¿Y se besan también al final como aquí?

—Eso no.

—Es curioso cómo en todo el mundo las costumbres primitivas se parecen.

—Oiga usted la música. Es como la gaita.

—Yo he oído decir—repuso Marta—que el limosín se parece al gallego también. Quizá se explique eso por las antiguas peregrinaciones a Compostela.

Pero Antonio, tocado de su bravata nacional, repuso:

—Es que España ha sido la madre de todos los países y allí tenemos el origen y el compendio de todo.

Marta no le oía, entretenida en seguir con los ojos el aletear de tres mariposas blancas que se elevaban juntas y parecían una flor arrancada por el viento.

—Mire usted la danza más linda—dijo—. ¡Qué ligereza y qué gracia en su juego!

—¿Cree usted que juegan?

—Claro. ¿Qué otra cosa pueden hacer las mariposas?

—A menos que no se estén peleando.

VII

Cuando volvieron a emprender la ruta, Marta iba disgustada consigo misma. Le parecía ya pesado y enfadoso su acompañante cuya vanidad la molestaba. Comenzaba a notar su aire de conquistador y su sonrisa donjuanesca.

—Debía haberme dado cuenta de que no se ha afeitado el bigote—se decía—. Eso es señal de presunción. Hasta los viejos que tienen lacios bigotes de escoba son presuntuosos.

Ahora el paisaje era diferente. Estaban en plena montaña. Subía el camino, en vueltas y revueltas, hasta la cima de los Puys, a más de mil quinientos metros de altura, entre una espesa selva, en la que crecían castaños, pinos, álamos y acacias, todo mezclado, confundido con plantas de todas clases.

Nunca había visto tal orgía de vegetación. Hasta la hierba era gigantesca como arbustos. Los troncos de los árboles medían enormes diámetros; las raíces desenterradas de los que crecían en la ladera eran como garras ciclópeas aferradas a las rocas, y las copas se perdían en el aire, tan sin fin como el fondo de los lagos.

Parecía imposible que la tierra pudiese producir tanto: no se veía tierra por ninguna parte, toda cubierta de vegetación. Nacían unas plantas encima de las raíces de otras y hasta encima de los troncos de los árboles, cubiertos de yedra con hojas grandes como abanicos.

El auto corría devanando la madeja del enredijo de

montañas. A ella no le gustaban las montañas, la fatigaban, se creía encerrada en su maraña. Adoraba su mar de Argel. Allí se tendía a la orilla y no veía más que el azul del agua y el azul del cielo. Su abuela paterna decía que se le habían puesto por eso tan azules los ojos, siendo su tipo de morena. Era el sol quien había dorado a fuego sus cabellos.

Pero ahora la montaña la atraía, se sentía como amparada en su regazo. Como si la protegiese en un abrazo maternal. En las rápidas vueltas caía a veces contra el hombro de Antonio o éste se inclinaba hacia ella.

—Perdón, señora—murmuró al tropezar contra su seno.

Se desvaneció el mal humor y la prevención de Marta. Antonio tenía una voz armoniosa y noble: voz de hombre bueno.

Cavado en la montaña misma, el camino ofrecía por un lado la perspectiva de los árboles mirados de abajo arriba, perdidos en la altura, y, por otro, parecía que caminaban sobre las copas de los que subían desde lo profundo de la ladera.

Al fin llegaron al fondo del valle, pasaron los pueblecillos que habían contemplado a vista de pájaro y los lagos que veían espejear desde la altura. Se internaron en el dédalo de las gargantas de los montes como en un laberinto. Corría a su lado un viaducto que parecía regar los zócalos de los cerros para mantener su frescura. Pasaban cerca de rocas maravillosas, a las que la imaginación popular daba nombres pintorescos: los "Tres hermanos", los "Dos gemelos".

La religión de la montaña, de demonios y sortilegios, lo llenaba todo de leyendas.

—¿Ve usted ese tajo cortado a pico?—dijo Antonio—. Es el "Salto de la doncella", una tradición que se encuentra en todos los países montañosos del mundo y se repite hasta lo infinito. Es el salto de la joven perseguida que se lanza al abismo para salvar su honor y llega ilesa al fondo protegida por la virgen, algún santo o algún ángel.

—Pero esto tiene una segunda parte—dijo el sueco—: los habitantes de la aldea no creyeron en el milagro, y cuando la joven quiso repetirlo para convencerlos, se estrelló contra las rocas.

No gustó mucho la realidad a los que estaban dispuestos a acoger el ensueño, pero todos rieron.

—Sería terrible una tempestad en estos lugares—dijo una de las americanas.

—Charlestonearíamos—repuso Antonio.

La dama se puso seria. No le había gustado la broma que inferiorizaba a su país.

Llegaban de nuevo a la planicie. Dejaban atrás las célebres grutas prehistóricas de Tobas, más de sesenta cavadas en la roca, donde se albergaban los galos.

Volvían a ver sementeras, viñedos, aldeanas, vacas... Aparecían a su alrededor montañas con pueblecillos encaramados en la cumbre, alrededor de castillos en ruinas. Parecía que cada monte tenía su adorno. Una roca en forma de aguja o chimenea gigantesca; un castillo; una virgen blanca enormemente grande con los brazos tendidos; un monumento conmemorativo de gloriosos hechos históricos. Y al fondo de la llanura, en la media luz del caer la tarde, se escalonaba el terreno y los lejanos montes otra vez aparecían azules e imprecisos produciendo la impresión de un mar tempestuoso donde se elevaban las olas gigantes.

Se delinearón frente a ellos las dos torres inconfundibles, negras, gemelas y puntiagudas de la Catedral de Clermont y, frente a ella, como la rica advenediza que se codéa con la noble matrona, los hotelitos alegres, nuevos y banales, que ocupaban los miles de obreros de las fábricas de caucho. La ciudad Michelin.

La "Virgencita del pájaro", joya de arte colocada en el portaluz de la iglesia de Riom, parecía sonreír a los que pasaban.

Puy de Dôme volvía a mostrar su cumbre dominadora sobre todo.

VIII

Se quedaron a comer en un restaurante de la plaza de Jaude, como si les diese lástima de terminar su paseo y lo quisieran prolongar. Antonio le había hecho beber el vino griego de la Isla de Samos, que se encontraba legítimo en Auvernia, y Marta no sentía muy segura su cabeza.

Alquilaron un auto para volver a Royat y Antonio tomó el puesto del chófer. Marta se sentó a su lado.

—Ayúdeme a guiar.

Se reclinó contra su pecho y las manos de los dos se encontraron sobre el volante. Las manos de él, vellosas y morenas, parecían más grandes cerca de las manecitas suaves y delicadas, donde lucía el zircón azul como un gemelo de Sirio.

La luna, de hierro al rojo, iluminaba el cielo y dejaba adivinar la silueta de Puy de Dôme.

—Verdaderamente—confesó Antonio—no hay nada tan lindo como las países volcánicos. Ellos alimentan el calor del suelo y de las fuentes de salud. Por eso se han destruido y vuelto a edificar tantas veces las ciudades más hermosas del Globo al pie de los volcanes.

—Y aquí—dijo Marta—estamos en medio de ellos.

—¿Le dan a usted miedo?

—Al contrario.

—Pues sepa que aquí tiene la corteza terrestre casi la mitad menos de espesor que en las otras partes del mundo. Estos volcanes no están muertos, sino dormidos.

—¡Ojalá despertaran! Sería soberbio ver inflamarse todo en fuego.

—Es que no lo veríamos.

—A todos no, pero siquiera uno, en la cumbre del Puy de Dôme.

—Con dinero todo se logra.

—Menos eso, que es imposible.

—Pero se consigue la ilusión y la ilusión es la verdadera verdad.

—No entiendo.

—Me refiero a cómo se fingió un volcán sobre Puy de Dôme cuando visitaron Auvernia Napoleón y mi compatriota Eugenia de Montijo. Tantos carros de leña y toneladas de resina y aceite hirviendo se quemaron en la cumbre del monte, donde aun no existía el observatorio, que los Emperadores pudieron tener la ilusión de contemplar la erupción y ver correr la lava.

—A mí me gustaría verlo de verdad.

—Y a mí ser Emperador para ofrecerle ese espectáculo.

Trataban así de distraerse con la conversación banal del pensamiento que los dominaba y disimular ante el chófer, sentado a su espalda, pero Marta iba reclinada sobre Antonio, se confundían sus respiraciones, los cabellos de ella acariciaban el rostro de él; sus manos se encontraban en el volante y sentían palpitar juntos sus corazones.

De pronto Antonio hizo un violento viraje.

—¿Qué ha pasado?

—No sé.

Se detuvo. Caía sudor por su frente. Marta temblaba.

—Yo también lo he visto—dijo—. Estábamos como en medio de un pueblo lleno de luces brillantes que se movían.

—Sí—aseguró él—; y de pronto todo ha desaparecido. El chófer reía.

—No están ustedes acostumbrados a viajar de noche—dijo—. Es un rebaño de cabras. Verdaderamente es fantástico el efecto que dan sus ojos iluminados por los focos del auto en la noche. Todos miran hacia ellos y se iluminan como bombillas de luz eléctrica. Es un espectáculo único. Se comprende que creyeran que era algo sobrenatural.

No tardaron en llegar, y descendieron en la plaza Aillard. Siguieron cogidos del brazo a lo largo de la tapia del Parque. Los árboles dibujaban a la luz lunar arabescos en la tierra.

—Tiene algo musical esta noche—dijo ella—. Se comprende mejor aquí que en ninguna parte la *Mondschein-Sonate* de Beethoven. En cuanto llegue al hotel voy a tocarla.

—No, Marta—dijo él—. No piense usted en cosas de otros, en lugares comunes, en algo que no es nuestro. ¿No siente usted esa armonía de su alma como deseo de traducirse en un beso?

—No.

—Yo no siento más que la embriaguez que se condensa en usted. En sus ojos, en sus labios, y me hace amarla con locura.

La estrechó contra su pecho y sin que pudiera desasirse le dió un beso largo y hambriento. Los labios de ella se abrieron bajo la presión de los labios de Antonio, que pudo así besarle los dientes.

—¡No me dejes, Marta, ven conmigo!—suplicó él.

—¡Tengo miedo!—murmuró la joven.

El insistió:

—¡Ven!

—¡No!

—¡Marta!

—Mañana..., fuera de Royat...

—Repetiremos el viaje y nos quedaremos en el Hotel del Lago Chambon. ¿Quieres?

—Sí..

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—Bésame tú.

Sus labios se unieron de nuevo y se buscaron una y otra vez, ansiosos, antes de llegar al hotel.

Se despidieron ceremoniosamente al pie del ascensor, donde dormitaba el criado de noche. Repitieron su broma acostumbrada:

—A los pies de usted, señora.

—Beso a usted la mano, caballero.

Pero en la voz de él había un eco de triunfo y en la de ella un acento de vergüenza y de dolor.

—¿Es que no triunfo yo sobre él tanto como él sobre mí?—se preguntó, indignada al notar aquella diferencia—.

¿Es que nos está vedado el goce a las mujeres?

Antes de darse una respuesta oyó una voz cascada y débil, la voz de su abuela, que exclamaba:

—¡Gracias a Dios que has llegado, hija mía!

Se detuvo desconcertada. La presencia de la anciana allí anunciaba algo anormal.

—¿Qué sucede?

—No te asustes.

Era la frase que más la podía alarmar.

—¡Dígame qué ocurre...!

—Te aseguro que nada grave, una tontería, una mala interpretación seguramente... Claudio no es capaz.

—¿De qué? ¡Hable usted, por favor!

—Parece que le ha pasado algo raro a tu marido... esta...

Marta interrumpió con un grito. Se le habían olvidado sus ensueños, sus travesuras, su cita culpable, los besos recientes que llevaba dentro de su boca; no pensó más que en Claudio, sintiendo alzarse toda su antigua pasión.

—¿Herido? ¿Muerto? ¡Mi Claudio!

—No, tranquilízate... está... preso.

—¡Preso Claudio!

—Le acusan de robo.

—; Eso no es posible!

—Lo mismo digo yo... una mala interpretación... Debes irte en seguida. No es menester que se entere tu abuelo.

—Sí... al momento. Voy a alquilar un automóvil, cueste lo que cueste. No me llevo nada. Ocúpese usted de recogerlo todo y de pagar.

Cogió un abrigo y corrió precipitadamente a buscar un auto. No se volvió a acordar de la cita pendiente, ni de los Lagos, ni siquiera de Antonio. Seguramente ni volvería a verle ni a pensar en él. Quedaba borrado de su vida con aquella admirable facilidad de olvido que tenía su carácter.

IX

Marta quedó un poco defraudada en su papel de esposa mártir cuando al abrir la puerta de su casa se encontró frente a frente de Claudio.

Dominó su deseo de echarse en sus brazos y lo rechazó gravemente. Se miraron un instante como si se vieran por primera vez, como si les costara trabajo reconocerse.

—Quiero saber todo lo que ha pasado—dijo ella severa, dejándose caer sobre el diván—. Siéntate tú ahí, frente a mí, y dímelo todo. No me ocultes nada.

El obedeció en su calidad de acusado.

—Ante todo dime: ¿cómo estás aquí?

—He salido de la cárcel con fianza.

—¡Pero es cierto! ¡Tú, tú la...!

—No me ofendas, Marta, todo no es más que una chi-quillada que te hará reír. Lo que siento es la imprudencia de haberte alarmado y ver aparecer a tu abuelo y a mi madre.

—Mi abuelo no se enterará.

—Pero mi madre no tardará en presentarse aquí.

—Ante todo, explícate:

El se recogió en sí un instante para recordar bien lo que tenía que omitir.

En el momento en que se quedó solo en la estación, el día que se separaron, Claudio no pudo evitar que un suspiro de alivio hinchase su pecho. Era la libertad deseada

la que llegaba a él. Se proponía hacer buen uso de ella. Divertirse de un modo inocente. No quería faltarle a su mujercita ni perdía de vista el interés por la salud que le había inculcado su madre.

Se divertía sólo en ir de café en café, de cabaret en cabaret, en cenas y comilonas, a los que siempre invitaba la primera mujer que le parecía interesante.

Todas las mañanas, antes de acostarse, dejaba la carta para la Marta, y ya no se cordaba más de ella. Sentía una especie de remordimiento creyendo que su mujer pensaría sólo en él todo el día, pero se entregaba a la corriente.

En realidad, todas sus amistades eran simples. Después de conquistarlas las dejaba ir llevándose algún recuerdo agradable.

Pero al cabo de pocos días pensó que era demasiado tonto en imponerse privaciones. El era hombre y a los hombres les estaba todo permitido. De todos modos, Marta no lo había de saber. Si se enterara del más ligero coqueteo sería capaz de vitriolarlo.

— ¡Ya que paso el peligro!...pensó.

Y aquel día no dejó marchar a su compañera a la hora de retirarse.

Su único miedo era que por una especie de telepatía su mujer pudiera dejar de serle fiel, a causa de su infidelidad.

Pero el deseo de no inquietarse lo tranquilizaba. Tenía fe en la dignidad y en el cariño de Marta. ¡La fe era una gran cosa!

Además, tenía buen cuidado de no formarse ningún lazo ni formalizar un compromiso. El día que Marta avisara su vuelta todo estaría concluido. No por aquellos devaneos deseaba menos a su mujercita.

Había sido aquella muchacha marsellesa, que parecía medio española y medio gitana, alta, desgachada, de piernas cubistas, la que había tenido la culpa de todo. Ni siquiera se acordaba de su nombre. La condenada bebía como un carretero y le obligaba a beber a él. Habían re-

corrido todos los lugares canallas que velan en la noche en Montmartre y Montparnasse, y que ella conocía. Se habían bebido hasta el último céntimo de cuanto llevaba encima, pero él estaba contento. La muchacha le sacudía los nervios tal como lo deseaba.

Una aurora gris les anunciaba el momento de separarse.

—Vente conmigo en ese "simón" que hay parado en la esquina y págame el viaje—le propuso él—. Podremos besarnos otro poco.

—No está mal..., pero pagar yo no me trae cuenta. ¡Quédate con Dios, hijo mío!

—¿Me vas a dejar así?

—Si quieres que cenemos mañana te esperaré en la boca del Metro de la Rue Rennes. ¿Hace?

—¡No faltaré!

—Pero tráete bien provisto el bolsillo, porque pienso almorzar jamón y tendré mucha sed.

Se marchó riendo para ir a juntarse con su novio y depositar en la Caja de Ahorros, destinada a su unión, la ganancia del día.

Claudio subió al coche y llamó al cochero. El cochero no venía.

—Estará tan borracho como yo—se dijo—. Me llevaré el coche yo solo y así me ahorro de pagarle.

Sin pensar más saltó al pescante, cogió las riendas y salió al trote, sin saber en qué dirección.

El caballo sabía marchar bien, y no había a esa hora nadie en la calle. El dormitaba y el caballo corría. Era como si notando su libertad el animal quisiera darse el gusto de salir al campo.

Dejaron atrás la ciudad. El aire de la campiña debió excitar a la bestia, que emprendió un galope desenfrenado.

Claudio, despierto y despejado por la impresión del peligro, tiraba de la rienda con las dos manos sin poder sujetar al caballo que, enloquecido, desbocado, corría de un modo ciego y vertiginoso. Hubo un momento en que

Claudio ya no pensó en nada ni en nadie, como sucede siempre en la última hora. Caballo, coche y conductor fueron a estrellarse en el fondo de una zanja.

Por un momento, Claudio pensó de buena fe:

—¡ Me he matado!

Después se dió cuenta de que vivía, se puso de pie, se palpó para asegurarse de que no tenía nada roto y se dió cuenta de su situación comprometida. Había robado aquel coche que estaba allí destrozado, hecho astillas; un armatoste viejo que tendría que pagar como nuevo.

Pensó que debía irse y ocultarse, a ver si no averiguaban quién era el autor de la hazaña.

Pero le remordía la conciencia de dejar allí al pobre caballo, caído bajo las varas del carruaje y que lo miraba con un gesto de dolor casi humano.

Se acordó de que llevaba un cortaplumas, y con gran trabajo consiguió, al cabo de dos horas, poner de pie al pobre animal. Ya alumbraba el sol; Claudio no sabía qué hacer. El caballo tenía una pata herida y él no sabía dónde estaba. Tomó de la brida a la bestia, que vino sumisa a lamerle las manos y se sintió atraído por un gran cariño hacia ella. Le pasó la mano por el lomo y le dijo como si le pudiera entender:

—No tengas miedo, que yo no te abandono.

Caminando uno al lado del otro llegaron, al cabo de una hora, a un pueblecito. Leyó su nombre en la entrada: Villemomble.

—En vez de acercarnos a París nos hemos alejado—pensó—. Pero es la suerte la que me ha traído. Esa es la casa de un albéitar.

Al cabo de unos minutos pudo hacer reconocer su caballo.

—Tiene para un mes de cuido y de reposo—dijo el veterinario.

—¿Y quedará bien?

—Seguramente.

—¿Usted puede encargarse de él?

—Desde luego.

—¿Y qué podrá costarme?

—La asistencia solo 200 francos; pero la pensión en nuestras cuadras no puede ser menos de 25 francos por día. Se les da de comer bien.

—Bueno, pues quédese usted con él.

—¿Desea usted pensión económica o de lujo?

—La mejor que haya.

El albéitar pensó hallarse ante un rico excéntrico.

—¿Cómo le ha sucedido el percance—preguntó.

Claudio explicó que se le había desbocado durante un paseo matinal. Pensó que se había matado en el fondo de una zanja, de la que no sabía cómo le hubiera sacado sin la ayuda de unos aldeanos que lo socorrieron. La silla estaba hecha pedazos y él había perdido el látigo y el bolsillo.

Tenía que telegrafiar a su casa para que le enviaran dinero para irse.

El que se quedaba con el caballo no sospechó y ofreció generoso:

—Si desea usted algo.

—Gracias.

—Con franqueza.

—Deme usted cincuenta francos.

Cuando sintió el sedoso papel entre sus dedos se consideró rico. Volvió a recomendar su caballo y tomó el tren para París; su cabeza no estaba para pensar en nada.

—Lo primero es dormir, y luego se arreglará todo—se dijo.

Se acostó en su gran lecho nupcial y se quedó dormido como un bendito.

Lo malo fué el despertar, llamado por el policía, que le condujo a presencia del comisario.

Allí estaba un cochero, gordo, congestivo, con su librea descompuesta y su enorme sombrero de copa torcido, vociferando contra quien le había robado su coche, y exigiendo que le pagasen los daños y perjuicios.

—Y no me pagará el susto que me han dado—asegura-

ba—. Cuando al salir de la taberna he encontrado que mi coche había desaparecido.

El hombre veía ya en el asunto un buen negocio, y no se acordaba del caballo. El veterinario estaba también allí, contando la historia falsa que le había inventado Claudio, y quejándose del robo de sus cincuenta francos.

Ante aquel cúmulo de cosas a Claudio no se le ocurrió más que decir:

—Verdaderamente, que la policía vale más de lo que yo había creído siempre. ¿Cómo demonios se ha enterado de todo tan pronto?

Gracias que se acordó de llamar a uno de sus amigos, hombre de influencia y de dinero, todo se arregló fácilmente. Le habían dado la libertad provisional bajo fianza, mientras pagaba el coche y el caballo, que deseaba comprar. Su mayor preocupación había sido que le siguieran cuidando.

—Ya verás que *simpático* es—le dijo a su mujer como colofón de la historia, que presentaba como efecto de una broma después de una cena de amigos, por una apuesta—. Una cosa sin importancia que había salido mal y alcanzado proporciones tan extraordinarias.

—Sólo siento que os hayan molestado—agregó—presentándome a vuestros ojos poco menos que como un bandido.

—¿Y de dónde vas a sacar dinero ahora para todo esto?—dijo ella—. Cuando yo necesito arreglar mi guardarropa de vuelta de los baños.

—No te inquietes. Mi madre lo arreglará todo. Me aguantaré el sermón.

—¿Pero yo?

—Tendrás todo lo que quieras. Sólo deseo que no te preocupe esto. A sido mi única broma desde que te fuiste. No he hecho más que trabajar y ni me he acordado de que existen mujeres en el mundo.

Marta le escuchaba convencida de que le ocultaba algo. Sentía revolverse dentro de ella su autoritarismo y sus celos de siempre.

Sus ojos fueron a fijarse sobre la mano que se tendía hacia ella implorando sus caricias y vió que faltaba el anillo de boda.

—¿Qué has hecho de tu alianza?—preguntó.

El se estremeció de miedo recordando los extremos de su mujer por aquella falta. Desde que estaba solo la llevaba en el bolsillo del chaleco. Era la dichosa morena de la última noche la que había dado con ella, se la había puesto jugando, sin respeto alguno, y había acabado por llevársela. Pero puesto en la necesidad de conjurar el peligro, Claudio, contestó sin vacilar:

—La perdí en el fondo del barranco.

Un relámpago de cólera brilló en los ojos azulmarino de Marta, y cuando Claudio esperaba el rayo que lo había de fulminar, se sorprendió de la voz de caricia con que le decía:

—¡Ven, mi alma; bésame! ¡Debes haber sufrido mucho, niño mío!

Y mientras su mano izquierda pasaba cariciosa sobre los cabellos de su marido, la derecha buscaba la alianza, olvidada en el bolsillito de su cartera.

Era su propia falta la que la hacía tolerante con la falta de Claudio. Comprendía entonces qué insoportable y qué inhumana sería una Humanidad perfecta, donde todos quisieran estar siempre dentro de la rectitud, sin ninguna tolerancia. Le parecía que un ser incapaz de obrar el mal no podía comprender las flaquezas y perdonarlas.

Y vió la verdad que había en que fuese necesario tener alguna deuda que hacerse perdonar para responder generosa a la demanda de perdón de las deudas ajenas.

Así, mientras besaba apasionadamente a su marido, con el propósito de empezar una vida nueva, sus labios elevaban una oración que no llegó a concluir: "Perdónanos nuestras deudas"...

Continúa publicando las más famosas
obras de la literatura contemporánea
al precio de 1,50 volumen.

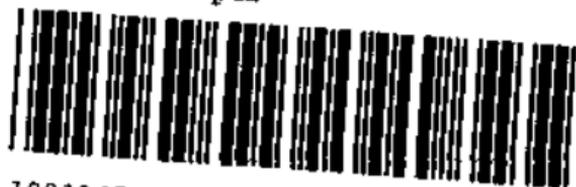
VOLÚMENES PUBLICADOS RECIEN-
TEMENTE:

*Las cerezas del cemen-
terio, Gabriel Miró ;
Los pazos de Ulloa,
Condesa de Pardo Ba-
zán; La mujer de sal,
Tomás Borrás; El chá-
piro verde, Juan Pérez
Zúñiga; La mujer de
nadie, José Francés; El
hombre de Oro, Rufino
Blanco-Fombona ; La
noche mil y dos, Fran-
cisco Camba; Memo-
rias de un vagón de fe-
rrocarril, Eduardo Za-
macois; Historia ejem-
plar y atormentada del
caballero con la mano*

el
libro
para
todos

B. Dip. Almería

AL-821-BUR-per

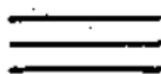


1001267

Ba-
de
aría

P
) FE
adrié



**HERNANDEZ-
CATA** 

acaba de
publicar

"MANICOMIO"

Un libro admirable de cuentos,
ilustrado maravillosamente por

SOUTO

EDICION ESPECIAL:

15 pesetas

C. I. A. P. Librería Fernando Fe.-Puerta del

M A D R I D

740

200